



UN CASO CARVALHO

MANUEL VÁZQUEZ
MONTALBÁN

LOS PÁJAROS DE BANGKOK

Tres historias, dos de ellas situadas en Barcelona y la tercera en Tailandia, llenan las páginas de la novela y las horas de un Carvalho que según palabras del autor «emprende un exótico viaje en un tiempo en que la aventura es casi imposible».

Tras resolver un desfalco en una pequeña empresa textil, Carvalho, sin ningún asunto a la vista, decide investigar por su cuenta la muerte de una bella mujer. El «asesinato de la botella de champán», como titulan los medios este misterio, le lleva a interrogar a los conocidos de la víctima, cuya imagen le obsesiona distrayéndole de una realidad que considera insuficiente y tediosa.

Intuyendo quién es el asesino pero sin conseguir que le contrate nadie del entorno de la víctima, decide dejar de lado este asunto cuando el hijo de una vieja amiga, Teresa Marsé, le comunica que ésta ha desaparecido durante un viaje a Tailandia.

Reacio a las peticiones de la familia finalmente decide aceptar su encargo y viaja a Tailandia. El detective descien- de hasta los escenarios más sórdidos de Bangkok tras los pasos de Teresa y su amante Archit, perseguido como sospechoso del asesinato de un importante líder mafioso.

Sin embargo la resolución del caso llegará con su retorno a Barcelona.

El caso del pez «ceratia» —una especie de rape— es tal vez el más aberrante de todos. Unas quince o veinte veces más pequeño que la hembra (que mide cerca de un metro de larga), el joven macho «ceratia» se fija en los flancos o en la frente de ella, la muerde, y esta mordedura va a decidir su porvenir. En adelante, como si hubiera caído en una trampa, jamás podrá desprenderse de su compañera, sus labios se habrán soldado, injertado en la carne ajena. No se podrá separar de ella, a no ser que arranque sus tejidos fusionados. Su boca, sus maxilares, sus dientes, su tubo digestivo, sus agallas, sus aletas y hasta su corazón van experimentando una degeneración progresiva. Reducido a una existencia parasitaria, no tardará en ser más que una especie de testículo disfrazado de pez diminuto, cuyo funcionamiento incluso será regido por el estado hormonal de la hembra, quien se comunica con él a través de los vasos sanguíneos. Una hembra «ceratia» puede llevar encima hasta tres o cuatro de estos machos pigmeos.

«Bestiario de amor»

Y de pronto tuvo la sensación de que la otra le estorbaba. Deseaba quedarse sola, estirar el cuerpo sobre las sábanas limpias, borrar el dolor que se extendía por el interior de su cabeza como una salsa oscura, pensar en tres o cuatro cosas de lo que había ocurrido aquella noche, olvidar otras tantas que sin duda ocurrirían mañana. Tal vez si callo cuando ella termine de hablar. Tal vez interprete mi silencio como una invitación a que me deje sola, a que se vaya. Pero para crear esa sensación era paso previo conseguir que la otra le quitara el brazo de los hombros, que se retirara aquella mano reptil colgante que de vez en cuando le acariciaba el cuello o se dejaba caer sobre el abismo rozando, apenas, la punta del seno. El discurso continuaba. Ya no versaba sobre problemas ajenos, de otros protagonistas de la fiesta acabada, sino sobre problemas propios.

—Problemas de mujeres. Que sólo podemos entender las mujeres.

Dijo ella, ¿cómo se llama? Un lapsus estúpido, ¿cómo se llama? Y no podía interrumpirla para preguntarle: ¿cómo te llamas?, porque momentos antes le había rogado que se quedara, ella misma había provocado la situación sosteniéndole la mirada y musitando un: ¿quieres quedarte? que los otros habían escuchado, que había pronunciado para los otros, para que salieran de su casa cuchicheando, para que murmuraran a pleno pulmón en la calle, Celia ha pasado el Rubicón, tan mona y tan bollera, diría el frustrado Dalmasés, o yo pensaba que su historia con la Donato había sido un juego, y la propia Rosa Donato, airada o desairada, mirando una y otra vez hacia las luces iluminadas del so-

breático, imaginando lo que podía ocurrir entre Celia y... ¿cómo se llama? Aprovechó una pausa en el discurso de la otra para levantarse de un impulso, llevarse la mano a la boca y contener un grito.

—¡Me he dejado una botella de champán en el congelador!

El correr de su cuerpo largo dejó un tintineo de senos sueltos bajo el jersey y la estela dorada de una cabellera estrella fugaz. La mujer despegó un tanto el culo del sofá, pero se quedó en un cuatro indeciso ante la rapidez de la huida. Dudó entre seguir a la fugitiva o dejarse caer en el sofá e hizo lo segundo, al tiempo que suspiraba y el contento por la noche propicia esperada le hacía remirar pared por pared, objeto por objeto, como reconociéndoles un lugar en el paraíso de satisfacción presentido. En cuanto entre he de impresionarla, he de acabar de desarmarla. Miró el reloj, la hora adecuada, las dos y media, un poco más y la fatiga, un poco antes y la ansiedad, la hora justa para el amor, por fin, con el cuerpo tanto tiempo deseado a distancia. Ya tenía la frase. Ya tenía la pregunta para cuando el cuerpo dorado saliera de la cocina y se acercara con aquella languidez gimnástica de cuerpo en flor, a pesar de que, sí, sin duda poca diferencia de edad hay entre ella y yo, pero hay cuerpos elegidos por la juventud y cuerpos que la tierra se queda, como se quedan las piedras o los matorrales. Le diré. ¿Por qué me has elegido a mí esta noche? Le diré. Desde hace meses he esperado este momento, desde que te vi en el Palau de la Música, cuando nos presentaron los Socías. Aunque de hecho te recordaba desde hace años. Muchos. No te lo creerías. Desde la Universidad. Sí, desde la Universidad. Tú eras de un curso inferior, aún estaban juntos Derecho y Letras, creo que fue el último año que estuvimos todos juntos en la vieja universidad. Yo te veía desde el claustro de abajo y casi te olía. No te rías. Tienes uno de esos cuerpos que se huelen. Pero el diálogo era imposible porque Celia no volvía.

—¿Celia? ¿Estás ahí? ¿Ha pasado algo?

Levanta el culo del asiento y avanza con las piernas abiertas, mientras con las manos trata de despegar los pantalones de sus ingles y sus glúteos, demasiada carne y poco pantalón, pensó, mientras buscaba una cierta soltura en el andar que la ayudara a entrar en la cocina con naturalidad. Se acodó en el dintel para contemplar el espectáculo. Celia permanecía sentada a una mesa del *office* y parecía contemplar admirada la botella de champán, nevada por el helor que se iba derritiendo bajo la luz de la lámpara. Parte de la melena de Celia se había convertido en flequillo sobre la frente y la nariz y su mirada fija igual podía dirigirse a la mutación de la botella como a sus cabellos, una sonrisa de ternura ablandó las facciones de la mujer acodada en el dintel.

—¿Te puedo ayudar en algo?

El sobresalto rompió la quietud de la figura dorada y los ojos de Celia se dirigieron críticos hacia la intrusa.

—Estoy cansada, eso es todo.

Había buscado el tono de voz más neutro posible para no ofenderla y al mismo tiempo dejar bien claro que la noche había terminado. Pero la otra siguió sonriendo, avanzó hacia ella, se situó a su espalda, le acarició los cabellos con unos dedos primero prudentes, después auténticos arados que abrían surcos en la espesura de los cabellos, hasta encontrar céreos caminos en el cuero cabelludo e insinuar en ellos la electricidad del deseo. Celia sacudió la cabeza para sacarse de encima la opresión de los dedos.

—Por favor.

—¿Te molesto?

—Me haces daño.

Y no volvía la cabeza. Vete, vete, imbécil, vete antes de que tenga que decírtelo yo.

—Me has hecho muy feliz al pedirme que me quedara.

—La verdad es que no sé por qué lo he hecho. Estoy cansada.

—Durante toda la noche nos hemos dicho muchas cosas con los ojos.

—Es posible. Has dicho cosas muy inteligentes y me gusta la gente inteligente.

—Desde hace muchos años he esperado este momento.

—¿Qué dices?

Es Celia la que vuelve la cabeza con el ceño fruncido, irritada por la situación, y al encuentro de su rostro molesto le salen unos labios duros que se apoderan de los suyos y tratan de abríselos con el bisturí de una lengua que se le antoja helada.

—¿Quieres estarte quieta?

Ahora Celia se levanta, se adueña de la sorpresa de la otra, cambia la botella de sitio sobre la mesa, se inventa objetos que ordenar, la necesidad de poner orden a las resultantes de una fiesta no demasiado afortunada.

—¡Será mejor que te vayas!

Traga saliva la otra. Las palabras de Celia le han devuelto la pesadez del cuerpo, la tirantez de los pantalones estrechos, la inquietud por la imagen que compone, por la imagen que Celia al parecer rechaza.

—No te entiendo.

—¿No eres tan inteligente? ¿Tan difícil de entender es?

Celia estalla en una huida hacia adelante que quiere superar su mala conciencia y la molestia real por la situación.

—Que te vayas. Así. Clarito. Qui-e-ro-que-dar-me-so-la. ¿Entendido? —Pero tú dijiste.

—No sé por qué lo dije.

—Si quieres te ayudo.

—¡No necesito que me ayudes a nada! ¡Necesito que te vayas!

Toda la atracción de la ley de la gravedad que un cuerpo humano pueda sentir, lo siente la otra, con las piernas abiertas, los pies insuficientes para soportar el peso del desprecio.

—No me hables así. Has dicho que me quedara para dar celos a los demás. Al imbécil de Dalmases o al putón de Rosa.

—No insultes a mis amigos.

—¿Quién te has creído que eres? ¿Crees que puedes jugar conmigo?

La mano de la mujer ha salido lanzada y se ha apoderado de un puñado de jersey de lanilla, y esa mano es un elemento extraño que Celia contempla asustada y la otra asombrada. Y tras esa mano llega un impulso ciego que tira de la lanilla y la arranca, dejando al descubierto piel de mujer rosada y tibia, un pezón que aparece y desaparece al vaivén de la respiración del animal asustado.

—No te pongas así. Mañana lo aclararemos todo.

—¿Que no me ponga así? ¿Pero tú sabes lo que has hecho, desgraciada? Dos bofetadas aciertan en los hermosos pómulos y los tiñen de vergüenza, y las bofetadas incitan a Celia a un ataque ciego contra la mujer, un ataque a manotazos que apenas si la hacen retroceder y en cambio le permiten acertar con dos nuevas bofetadas en el rostro de Celia.

—¡Me das asco! ¡Eres una tía repugnante! ¡Un macho, una marimacho epugnante!

Los golpes caen sobre Celia con la voluntad de aniquilarla, y la barrera de los brazos cruzados nada puede contra los molinetes cargados de odio. Y en el aire, apenas un volumen o el vacío que abre y ocupa, una botella muere matando contra la pequeña cabeza. Sellada por la sangre, una melena repentinamente lacia, descolorida, de muñeca rota.

—Veinte veces me dije a mí mismo: preguntarás el nombre de esos pájaros, y nunca lo pregunté. Pero te aseguro que había miles, millones sobre los cables, al atardecer, compitiendo con los penúltimos ruidos de Bangkok, con un piar

que podía ser de alegría o de desesperación, según estuvieras tú alegre o desesperado.

—¿Y qué hacían los pájaros en los cables, jefe? La selva está cerca. ¿Están mejor en los cables que en los árboles? No lo entiendo. Los pájaros de aquí son diferentes. Si tienen árboles no los busque usted en la ciudad. No son tontos.

Carvalho se apropió de la meditación de Biscuter y la elevó hacia los cielos que caían sobre las Ramblas anochecidas, como si estuviera mirando los cielos de Bangkok desde la puerta del Dusit Thani. Repasó con los ojos el telegrama abierto sobre la mesa, una pajarita de papel abatida y desarticulada. «Bangkok es la hostia. En Bangkok encontré el amor. Teresa». Era el tercer telegrama que le enviaba Teresa Marsé desde que había iniciado el descubrimiento de Asia, en un vuelo chárter fletado por una sala de fiestas de la ciudad. En Singapur, una cita literaria de Somerset Maugham, descubierta sobre un velador vacilante del jardín del Raffles, iluminado ante todo por las copas de Singapur Sling. En Yakarta, un mensaje revival en homenaje a Bing Crosby, Bop Hope y Dorothy Lamour: «Camino de Bali. Teresa». Y ahora, de regreso a casa desde los mares del Sur, Teresa Marsé estaba en Bangkok viendo cómo las nativas jugaban al ping pong con el coño y los niños cagaban sobre las aguas limosas del Klonk Dan, a pocos metros del mercado flotante.

—Hábleme de Bangkok, jefe. ¿Es bonita?

—Una ciudad que se pudre. La ciudad moderna la pudre la gente y la ciudad fluvial la pudre la mierda. Y te hablo de hace años, Biscuter. En fin.

Aquél en fin daba por concluida la conversación y Biscuter dejó a Carvalho en su trajín visual sobre las Ramblas. «Singapur Sling», musitaban los labios de Carvalho como si rezaran una jaculatoria.

—¿Y las pagodas, jefe?

Gritó Biscuter desde la cocina.

—Se llaman wats. Parecen fallas valencianas, pero no hay Dios que las quemé.

—¿No le gustan las fallas, jefe?

—Sí, porque las queman. Si no las quemasen, las odiaría.

Singapur Sling. Un cuarto de zumo de limón, medio de coñac, un cuarto de ginebra, hielo, soda, si se quiere la soda, y sobre los hombros, la cúpula de humedad que cubre Singapur como una quesera, especialmente la porción de pulcro queso colonial del Raffles, deshabitado ahora de ingleses imperiales, sustituidos por matrimonios de tenderos europeos a los que la agencia ha advertido que en aquel hotel se emborrachó hasta la cirrosis un escritor inglés muy importante. La llamada de Asia, se dijo Carvalho cuando el frío le silueteó el esqueleto, aunque el calendario de la Caixa d'Estalvis seguía fiel al mes de octubre.

—Va a llover.

Dijo o se dijo Carvalho, antes o después del primer relámpago que prestó la ilusión del movimiento a la estatua pisapapeles de Pitarra. Las gotas de lluvia querían clavar a los rambleantes que aceleraban el paso o se cubrían con los periódicos.

—Llegaron los monzones catalanes.

Los días se hacen cada vez más cortos, pensó indignado, como si le estafaran parte de la vida o parte del mundo. Ha llegado y pasará el otoño. Luego el invierno. Me pondré un jersey. Me lo quitaré. La primavera. ¡Qué estupidez!

—Va a pasar algo, Biscuter, y no recuerdo qué. No sé si son los mundiales de fútbol o la visita del Papa.

—Los mundiales ya se hicieron. El Papa, a final de mes.

—¿Los mundiales se han hecho? ¿Seguro?

—Seguro, jefe.

—¿Quién ganó?

—El Barga no, desde luego.

Rio Biscuter desde la cocina y se creyó en la obligación de aclarar.

—Es broma, jefe. Lo que se avecinan son las elecciones.

Carvalho dobló el telegrama de Teresa Marsé y lo tiró a la papelera. El telegrama reclamaba su atención desde la precámara de la muerte. Carvalho lo volvió a coger, a desplegar, a leer. Lo dejó primero sobre la mesa y luego lo metió en un cajón que cerró a continuación, con un cierto énfasis. Buena época para visitar Asia y sobre todo para un europeo. El trópico es una esperanza climatológica cuando sobre Europa llueve y nieva, cuando se ha puesto el sol sobre el Egeo y la tramontana se ha llevado por delante los mejores días de la Costa Brava.

Le había explicado la voz de Teresa por teléfono:

—Tengo una depre y he de irme. Yo estoy harta de marido y de hijo. —¿Qué le pasa a tu niño?

—De niño nada. Al menos para según qué cosas. Le ha puesto un bombo así a una compañera de clase. Y ahora toda la culpa es mía porque no he sabido educarle. Hasta el cínico de mi marido me lo ha dicho. Él, que se marchó de casa y no se ha preocupado de su niño ni una hora, ni de día ni de noche. Tú has estado por allí, recomiéndame cosas, sitios.

—Habrás cambiado todo mucho. Cuando yo estuve la guerra de Vietnam aún no lo había corrompido todo.

—Pero si no voy al Vietnam. Voy a Singapur, Bali, Bangkok... ¿Qué te parece?

—De postal.

—Yo no soy Jacqueline Onassis. Dispongo de tres semanas. Dime el nombre de una bebida para emborracharme en Asia.

—Aromas de Montserrat.

—Idiota.

—Singapur Sling.

—Eso está mejor. ¿Qué es?

—Es un *cocktail* atribuido a Singapur y sobre todo al hotel Raffles de Singapur.

—¿Es cierto?

—No importa. Los del hotel cultivan el mito y si pides un Singapur Sling te lo servirán con una sonrisa de complicidad.

—Es bonito. Suena bien. Ya me basta. ¿Te imaginas ir por el mundo en busca de algo que suena bien? ¿Sabe tan bien como suena?

—Pse.

—Te enviaré postales para contarte cómo me va.

—Volverás tú antes que lleguen tus postales.

—Te enviaré telegramas. ¿Te ilusiona?

—No.

Un silencio.

—¿Te molesta?

—Tampoco.

—¿Quieres que te traiga algo? La seda va barata en Bangkok.

—Una botella de Mekong.

—¿Qué es eso?

—Un whisky thai. No sé de qué lo hacen, pero sabe muy bien.

—No piensas en otra cosa.

De una distancia de casi quince años le llegó una sonrisa oriental, la del desvencijado aduanero que palpaba las entrañas de sus maletas y despertó con las palmas de sus manos el canto dormido del cristal. Seis botellas de Mekong consiguieron redondear los ojos orientales. Contempló a Carvalho con una complicidad que sólo podrían manifestar los beodos, abrió la mano como un abanico, la convirtió en una botella inagotable de la que bebiera chupando el pulgar, con la ansiedad de un niño amenazado de destete, y luego se rio con una inocencia descivilizada que irritó a más de uno de los occidentales que esperaban su turno detrás de Carvalho. Carvalho asentía y sonreía con to-

das sus fuerzas. Había que darle la razón a la sospecha cómplice y alegre del aduanero. En efecto, amigo, soy un alcohólico.

Desde que había aceptado el caso Daurella, tenía la sensación de trabajar según un horario regular, lo más parecido posible a la virtuosa costumbre catalano-japonesa de perder una tercera parte del día trabajando para poder dormir ocho horas y restañar las heridas del cuerpo y el alma durante las ocho restantes. En parte se debía a que el viejo Daurella tenía la costumbre de citarle entre nueve y nueve y media en el despacho de su almacén de toldos y piscinas de Pueblo Nuevo. Luego, la única posibilidad de recorrer las derivaciones del asunto a partir del centro radial del viejo patriarca era durante las horas laborables, porque los Daurella, delincuentes o inocentes, en cuanto oían la sirena de la fábrica y dejaban en su sitio todo lo que deberían encontrar en su sitio al día siguiente, se esparcían por la Tierra, dentro de una zona prudentemente próxima a Barcelona pero lo suficientemente separados los unos de los otros como para tejer un universo de puntos cardinales de la familia, cada hijo en un horizonte y los padres en su piso del Ensanche, calle del Bruch, el centro de la Tierra. Y así cuando el viejo Daurella hablaba de sus Jordi, Esperanga, Núria o Ausiás, dirigía la cabeza al norte, al oeste, al este y al sur porque Jordi vivía en una casita en Sant Cugat. Esperanga tenía una vieja masía en el límite justo donde Esplugas de Llobregat se convertía en una ciudad dormitorio, Núria estaba instalada en una urbanización del Maresme y Ausiás, el pequeño y macrobiótico Ausiás, tenía más huerto que casa en el Prat. Y en realidad el viejo no tenía por qué desplazar la cabeza hacia todos los horizontes, porque desde las ocho de la mañana los Daurella estaban trabajando dentro del inmenso recinto de Toldos Daurella, S. A.

—La S. A. son ellos. No vaya usted a pensar que aquí hay capital americano.

Le advirtió el viejo Daurella pensando en la minuta. Ellos eran Jordi, Esperanga, Núria y Ausiás, morenos o morenitos, según su gordura, y parecidos a su padre con mayores o menores dilataciones de las facciones, como si en el momento del coito con la señora Mercé, Daurella hubiera impuesto la condición sine qua non de que los hijos, todos los hijos, debieran parecerse. Y tal vez predestinado el amor cromosomáticamente, los chicos Daurella habían buscado consortes que se les parecieran, salvo Ausiás, el pequeño, *el més mimat* [el más mimado], aún decía Daurella padre cuando se refería a él, estuviera o no delante, había conseguido casarse con un ser humano rubio, una holandesa que sólo cinco años atrás habría merecido las páginas centrales de *Playboy* y que, en la actualidad, trabajada a fondo por los partos y la macrobiótica, parecía una hermosa rubia desvencijada, que llevaba las relaciones exteriores de Daurella, S. A. porque hablaba el inglés como si fuera inglesa, insistía el viejo Daurella, y el francés como el general De Gaulle. La metáfora también era del patriarca. Los otros hijos políticos también estaban en el negocio. El marido de Esperanga, la mayor, era el coordinador de los viajantes, y él mismo viajaba por España visitando clientes. El de Núria era jefe de almacén, y la mujer del mayor, Jordi, llevaba la oficina instalada en un cobertizo prefabricado en el que daba la nota exótica un cartel del Folies Bergére anunciando a la supervedette española Norma Duval. El señor y la señora Daurella se lo habían traído recientemente de París, a donde habían ido para celebrar las bodas de oro.

—No había hecho vacaciones desde el año de la nevada.

Decía el viejo. Es decir, desde 1962, añadía, no porque tuviera una memoria climatológica, sino porque en 1962 fue la única ocasión, desde el último período glacial, en que Barcelona capital se convirtió en una estación de esquí.

Ni un Daurella sin algo que hacer. Ésta era la impresión que recibía Carvalho cuando recorría el ámbito de los almacenes y los muelles de descarga, cercados por una vieja tapia de piedra con cristales rotos en los bordes, sorprendentes vegetaciones aquí y allá, acacias, una palmera, adelfas, buganvillas entre hangares fin de siglo de ladrillos rojos oxidados por las brisas marinas que hacen de Pueblo Nuevo un barrio húmedo y propicio para vegetaciones espontáneas de sus patios y solares abandonados. El desorden visual del comercio y la botánica, de los camiones y las madre selvas que habían encontrado su medio propicio tras ensayar años y años al margen del cuidado de los hombres, atraía a Carvalho como podía atraerle un cementerio entregado a las leyes de la erosión y las vegetaciones salvajes. Era un viejo sueño carvalhiano el que, de pronto, la naturaleza agrietara el asfalto y se conformara con crecer donde pudiera, corrigiendo la estúpida voluntad de la materia prefabricada, pero sin anularla del todo. Rizadas tomateras asfixiando semáforos, helechos como penachos surgiendo de las bocas de las cloacas, voraces hiedras reptando por los edificios acristalados, con la falsa ternura de sus hojitas avanzadas. En Angkor o en Micenas había necesitado pronosticarse el destino de las ruinas monumentales, volver la piedra labrada a su condición de roca, al margen de la geometría de los hombres. O en Ayutthaya, pocos kilómetros al norte de Bangkok, una visita que habría hecho Teresa Marsé, donde la fallera arquitectura religiosa budista alcanzaba esplendor y merecía respeto en su decadencia. Pero prefería las ruinas contemporáneas. Los palacios obsoletos de Montjuïc, construidos con motivo de la exposición internacional de 1929, o la estación termal de Kalitea, abandonada por las aguas calientes y los clientes en la costa nordeste de Rodas, o la almadraba de Sancti Petri, vacía como un poblado sumergido, junto al mar, junto a Chiclana, junto al olvido. Y algo de ruina contemporánea tenía el ámbito de Pueblo Nuevo, donde tres generaciones de Daurella habían contri-